



HISTORIA GENERAL
DE FRANCIA

POR

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA.

Entregas 114 y 115.

BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

CALLE DE ROBADOR NÚM. 24 Y 26.

1873.

HOSPITALIA GENERALIA

DE FRANKIA

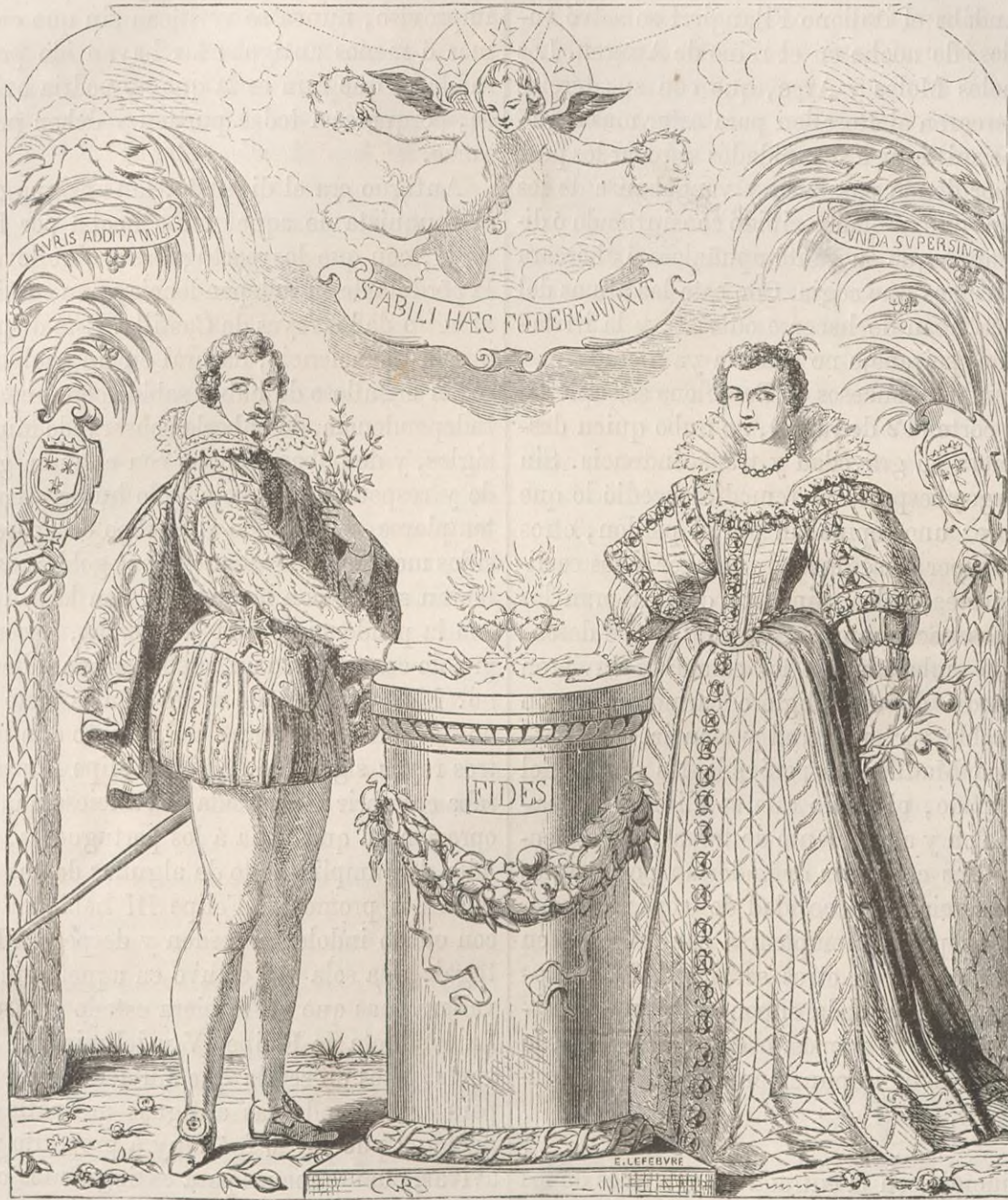
DE FRANKIA

DE FRANKIA

DE FRANKIA

vestiduras sacerdotales, y así pudo salvarse Monsuar, principal objeto del furor de los amotinados.

mandaba uno de los tercios, se vió apurado para defenderse de un grupo de tres mil que le acometieron en un convento cerca de Olot,



EMBLEMAS DEL MATRIMONIO DE GASTÓN CON LA DUQUESA DE MONTPENSIER (3 DE AGOSTO DE 1626), SACADO DE UNA ESTAMPA DE LA ÉPOCA.

Los tercios alojados en los pueblos del Ampurdan y la Selva se insolentaron á la vez y cometieron los mayores excesos con el paisanaje. No se acobardaban tampoco los paisanos, á tal punto que D. Juan de Arco, que

donde se habia refugiado. Incorporado despues con otros tercios y formado ya un cuerpo de cuatro mil hombres, llegó de noche con ellos hasta las puertas de Gerona, donde no se atrevió á entrar, y tomó el camino de Blanes. Los

paisanos esperaban á las tropas emboscados en los caminos, y las asaltaban cuando iban mas desprevenidas. Así destrozaron la caballería que mandaba D. Fernando Chariños. La que comandaba el italiano Filangieri se salvó entrándose de noche en el reino de Aragon. Los coroneles Moles y Arce, que con sus tercios se acercaron al Rosellon para estar mas seguros, permitieron á sus soldados saquear los pueblos por donde pasaban, y vengábanse de los ultrajes que habian recibido consintiendo ó disimulando que su gente apuñalara ó ahorcara los paisanos que cogia. Con esto las armas del rey acababan de hacerse odiosas, y la irritacion del paisanaje no conocia ya medida.

Cuando los sucesos de Barcelona se supieron en la corte (12 de junio), no hubo quien desconociera su gravedad y transcendencia. Sin embargo, respecto al remedio sucedió lo que siempre: unos opinaban por el perdon, otros obtaban por la seguridad, el rigor y los castigos fuertes, y los ministros del rey eran los que mas vacilaban. Por de contado se desestimó la embajada que los catalanes enviaron por medio de un religioso carmelita, varon respetable por su virtud y ciencia, Fr. Bernardino Manlleu, esponiendo las quejas del Principado, pidiendo que se aliviara la manutencion y alojamiento de tropas, y ofreciendo que los catalanes defenderian por sí solos su provincia sin necesidad de tropas asalariadas, que podrian emplearse con utilidad en otras partes y en otros servicios. Esta propuesta fué desechada suponiendo que envolvia la idea y el propósito de quedar del todo libres y resistir impunemente los mandamientos reales.

Coincidió con la entrada del marqués de los Velez y del ejército real en Cataluña otra novedad todavía mas grave, todavía de peores y mas funestas consecuencias para la monarquía española que la insurreccion de los catalanes, á saber: la rebelion de Portugal, la proclamacion de su independencia, y tras ella la desmembracion de aquel reino de la corona de Castilla. La manera como se fué preparando

este acontecimiento nos confirma en la observacion del principio del capítulo; que las revoluciones de los pueblos, por mas que á veces parezca estallar de repente y cojer de improviso, nunca se verifican sin que causas mas ó menos antiguas las hayan ido preparando, y que rara es la que no podria evitarse, porque casi todas pueden y deben prevenirse.

Antiguo era el disgusto, tan antiguo como la conquista de aquel reino hecha por Felipe II, con que los portugueses sobrellevaban la pérdida de su independencia, y su sumision al cetro de los reyes de Castilla. Este disgusto y esta impaciencia, natural en un pueblo con razon orgulloso de haber sabido conquistar su independencia, de haberla conservado muchos siglos, y de haberse hecho con ella una grande y respetable potencia, solo hubiera podido templarse, y andando el tiempo desaparecer, si los monarcas castellanos y sus gobiernos hubieran sabido con la justicia, con la política, con la prudencia y con la dulzura, hacer del pueblo conquistado un pueblo amigo y hermano. Mas ya antes de ahora hemos visto que no fué este por desgracia el camino que nuestros reyes siguieron. Al fin Felipe II procuraba encubrir disimulada y artificiosamente la opresion en que tenia á los portugueses, y la falta de cumplimiento de algunas de sus mas solemnes promesas. Felipe III habia mirado con cierto indolente desden y despego á Portugal: una sola vez estuvo en aquel reino, y valiera mas que no hubiera estado ninguna. La conducta de Felipe IV y del ministro Olivares, léjos de ser la que hubiera convenido para ir borrando las antiguas antipatías de pueblo á pueblo, lo fué muy á propósito para avivar, cuanto menos para extinguir los odios entre dos naciones, ambas soberbias y altivas, pero conquistadora la una, conquistada la otra, la una opresora, y la otra oprimida. La obra de la unidad ibérica se habia hecho en lo material: la unidad moral, la unidad política, la unidad fraternal no se habia realizado, y cuando esta union no se realiza, fácil es de augurar el divorcio de dos pueblos.

Sobre las quejas que los generales portugueses tenían del gobierno de Castilla, como las exacciones y tributos con que se les sobrecargaba, la manera como se lo exigían (1), el modo como eran repartidos los cargos del reino en castellanos, y no en los naturales como se les había ofrecido, y otros semejantes, tenían además una que los había resentido en extremo, á saber: la pretension de que las cortes portuguesas fuesen unas con las de Castilla, convocando á estas cierto número de diputados portugueses de los tres brazos, contra los privilegios concedidos á aquel reino por Felipe II. Y para tratar de esto se había llamado á Madrid á los nobles, prelados y caballeros portugueses. Así de la opresión que sufrían como de todas las violaciones de sus fueros culpaban los de Portugal, mas que al rey, al ministro Olivares, por cuya mano sabían que se dirigía todo. Á su vez el ministro para tenerlos sujetos había encomendado los negocios de Portugal á dos hombres, aduladores suyos, pero aborrecidos de los naturales; hombres de no escaso talento, pero de genio y costumbres correspondientes á las de su protector. Tales eran Miguel de Vasconcellos y Diego Suarez, hermanos políticos y secretarios de Estado de Portugal, con residencia el uno en Ma-

drid y el otro en Lisboa (1). Orgullosos é insolentes ambos, como el ministro que los había elevado y que los protegía, si el de Olivares en España tenía supeditado al rey D. Felipe y era mas soberano que su monarca, los otros en Portugal tenían esclavizada á la vireina D.^a Margarita de Saboya, duquesa viuda de Mantua, y eran los verdaderos vireyes. Con despotismo mandaba Vasconcellos en Lisboa como Olivares en Madrid, y las respuestas del secretario portugués no eran menos desabridas y altivas que las del ministro castellano. Como el arzobispo de Praga le preguntare un dia con qué autoridad había castigado con las mas atroces y degradantes penas á un hombre por una leve falta. *Con la misma*, le respondió, *con que mandaré á su ilustrísima que vaya á residir á su diócesis, si se mete á criticar con demasiada libertad mis acciones.*

Era el pueblo portugués demasiado altivo para dejarse abatir y humillar impunemente por aquellos tres soberbios personajes, que así violaban sus fueros como explotaban en provecho propio sus haciendas y fortunas. Ya en el año 1673, no pudiendo reprimir el aborrecimiento con que los miraba, y so pretexto de una nueva contribucion que se les impuso, alborotáronse muchos lugares de los Algarbes; en Évora y otras ciudades hubo graves desórdenes, y observábanse síntomas de un levantamiento general. Pero aquellos tumultos se sosegaron (2), y mas adelante el consejo de Castilla y las cortes de Madrid de 1638, servilmente sometidas al rey, otorgaron grandes mercedes al conde-duque de Olivares, así por

(1) Cuando los portugueses representaban sobre lo excesivo de los impuestos con que estaban recargados, solía responder el orgulloso ministro Olivares: *Las necesidades de un gran rey no se arreglan segun la miseria de los pueblos, y harta moderacion y prudencia se usa en pedir con decoro lo que podria exigirse por la fuerza.* Ya en un memorial que se había dado á Felipe IV en el año 1631, entre las causas del mal estado de la monarquía que en él se señalaban, se contaba tambien la gran suma de dinero que se sacaba de Portugal. «Sácase (se decia) de aquel reino para Castilla mucha suma de ducados, y fuera de los muchos millones que montan los donativos, impuestos, derechos de la casa de Indias y Alfandega, medias anatas y otros servicios, se sacan tambien las rentas que están situadas para una armada que ande por todas aquellas costas y se alargue á los mares, y esto por asiento de los mercaderes que voluntarios impusieron sobre sus haciendas un tanto para este efecto. Sácase tambien lo situado por cuatro galeras, que eran el remedio de las costas... y todo esto que pudiera ser alivio de aquel reino y terror de los enemigos, ven que lo pagan, que lo padecen, y ello se desperdicia, porque dicen (y esto muy en público, así en esta corte como en Lisboa) que el retiro lo consume todo, embra véncense los ánimos cuando discurren que lo que pudiera ser honra y provecho, injustamente se defrauda á los protestos con que se concedieron los tales impuestos, y inútilmente se desperdicia al arbitrio de un hombre que, en acabando su vida, se ha de acabar el dia de su muerte la memoria de lo que fué y de lo que hoy es; y sin el escrúpulo de temerario me atreveria á decir si darian los reinos por resarcidos de todos los daños como llegase pronto ese dia.»—Biblioteca nacional Sala de MM. SS. II. 72.

(1) El padre del Vasconcellos había sido perseguido por la justicia y condenado á no tener ninguno de su familia oficios de república hasta la cuarta generacion, á causa de ciertos arbitrios con que parece engañó á los portugueses, y por último fué asesinado. Privado de recursos el Miguel en su juventud, acertó á casar con una hermana de Diego Suarez, y unidos los dos discurrieron remediar sus miserias y mejorar de fortuna, trayendo á Madrid los apuntes y borradores de aquellos arbitrios que tan caros habían costado al padre de Vasconcellos. Estaban á la sazón en boga en Madrid los arbitristas, y lo mismo que había acarreado antes la ruina al padre en Portugal, sirvió al hijo y á su cuñado en la corte de Castilla para introducirse con el conde-duque é irse encumbrando con su favor hasta los mas altos puestos de la monarquía.

(2) Cuando en Madrid se supieron los primeros movimientos de aquellas alteraciones se escribió de parte de Felipe IV al Pontífice pidiéndole pusiéra remedio á aquello con censuras y breves; Su Santidad se escusó bajo pretextos frívolos, y se le volvió á escribir para ver de persuadirle. M. S. de la Biblioteca nacional.

el socorro que habia dado á Fuenterrabía, como por haber ahogado el levantamiento de Portugal y conservado su union con Castilla. Hízose con esto mas audaz el primer ministro de Felipe IV, y no solamente impuso á aquel reino un excesivo tributo en castigo de la rebelion, sino que quiso reducirle á una provincia de Castilla, á cuyo efecto convocó á Madrid los tres arzobispos, de Lisboa, Evora y Braga, y á otros ilustres personajes, y arrestó á varios de los que á ello se negaron, ó de los que con entereza le respondieron. Veian los portugueses amenazado el resto de la libertad que les quedaba, y preparábanse para defenderla y sostenerla. Suarez y Vasconcellos, á cuya perspicacia, que la tenian, no se ocultaban las disposiciones de sus compatriotas, avisaban de ello al conde-duque, y aun designaban al duque de Braganza como quien vendria á ser la cabeza del movimiento. Aconsejábanle, por lo tanto, que estando rebelada Cataluña y aparejando un ejército para invadirla, era una escelente ocasion para enviar allá tropas portuguesas, juntamente con los grandes y nobles del reino, y de esta suerte dejar á Portugal sin fuerzas y sin apoyo. Parecióle bien el pensamiento al conde-duque, é inmediatamente ordenó á la vireina que hiciera poner las tropas en marcha, y escribió á los grandes, y entre ellos al de Braganza, que se preparasen á pasar á Cataluña, so pena de confiscacion de sus bienes y de otros castigos. Indignáronse con esto la nobleza y el pueblo portugués: rebosaban todos los corazones en ira; manifestábase esta en todas las conversaciones; los sacerdotes desde los altares y púlpitos predicaban contra el gobierno opresor de Madrid, y prescribian al pueblo rezos y plegarias para que Dios los librara de él.

Hallábanse, pues, como lo espresa un autor coetáneo, «la nobleza mas que nunca oprimida y desestimada, cargada la plebe, quejosa la Iglesia,» y las miradas de todos se fijaban en el duque de Braganza como en la persona á quien competia ser su libertador, siendo como era el sucesor mas inmediato al trono que habia de la antigua dinastía real portuguesa.

Como nieto que era el duque de Braganza de la infanta D.^a Catalina, que disputó á Felipe II los derechos al trono portugués, nadie, en efecto, los tenia mayores y mas legítimos á ceñir la corona de Portugal en el caso de recobrar el reino su antigua independenciam. Su padre, el duque Teodosio, le habia legado el odio á los castellanos; pero el carácter del hijo, pacífico, templado y aun indolente, mas dado á los placeres y diversiones que á los negocios, aunque apto, capaz y entendido para manejarlos si se dedicara á ellos, le hacian poco á propósito para jefe de una revolucion, que exige en el que ha de ponerse á la cabeza ambicion, audacia y actividad. Mas lo que á él le faltaba de esas condiciones sobrábale á la duquesa su esposa, D.^a Luisa de Guzman, hermana del duque de Medinasidonia, la cual no dejó de instigar á su marido é inducirle á salir de su indiferencia, y á no desaprovechar la ocasion de recobrar la antigua grandeza y poderío de su casa. Ayúdola á ello y fué el alma de la conspiracion un cierto Pinto Riveyro, mayordomo de la casa, hombre muy para el caso, por su osadía, su astucia y su disimulo. Como el duque se hallaba retirado en su hacienda de Villaviciosa, dedicado al parecer solamente al ejercicio de la caza y á otros pasatiempos, la conjuracion se hubiera llevado adelante sin que se apercibiese ni sospechase la menor cosa la corte de Madrid, á no ser por la sagacidad de Vasconcellos y Suarez, los cuales dieron conocimiento al ministro de los síntomas que advertian, y del peligro que bajo aquellas apariencias se ocultaba.

Los medios que el de Olivares ideó para ocurrir á aquel peligro fueron tan desacertados como lo eran generalmente todos sus arbitrios. Con el fin de sacar al de Braganza de Portugal ofrecióle primeramente el gobierno de Milan. Escusóse el portugués con su delicada salud y su falta de conocimiento en los negocios de Italia. Escribióle, pues, el de Olivares que estando el rey D. Felipe para hacer jornada á Aragon con motivo de la rebelion de Cataluña, y queriendo ir rodeado de sus nobles de Castilla y de Portugal para decoro y honra

de su persona, era justo que le acompañase al frente de la nobleza portuguesa, á cuyo efecto le esperaba en Madrid. Conoció sin duda el de Braganza el artificio, y espuso que la escasez de sus rentas (y eran por cierto muy pingües) no le permitian presentarse con el decoro correspondiente á su clase y nacimiento. Esta no muy disimulada negativa puso ya

no, suponian los mas avisados que llevaba envuelta una segunda y secreta intencion. Y así era la verdad, porque al mismo tiempo se envió orden reservada á D. Lope de Osorio, que mandaba las galeras de España, para que cuando supiese hallarse el príncipe en algun puerto, fuese allá, le convidase á entrar en su bajel, y le retuviese prisionero. Pero fallóle al conde-



DUQUESA DE CHEVREUSE.

en cuidado á la corte; y cuando todo el mundo esperaba alguna medida eficaz y severa, causó general sorpresa el rumbo que dió al negocio el de Olivares.

Y era ciertamente para sorprender la orden que envió al de Braganza, dándole amplia autorizacion para que visitase las costas de Portugal, que decia estar amenazadas de franceses, y guarneciese y pusiese en estado de defensa la plaza. Esta comision, que sobre ser de confianza, equivalia á poner en manos del portugués las fuerzas y las ciudades principales, y era como abrirle las puertas del rei-

duque este indigno y extraño espediente, lo primero porque una tempestad impidió á la flota de Osorio acercarse á las costas, y lo segundo porque ya el príncipe, á quien hizo cauteloso lo desmedido de la confianza, supo acompañarse de personas que merecian bien la suya.

Frustrado este ardid de su inícuca política, intentó el ministro adormecer á su oculto enemigo con la lisonja y el halago, escribiéndole tan afectuosamente como si fuese su mas íntimo amigo, y poniendo á su disposicion hasta cuarenta mil ducados para que pudiera levantar tropas. Insigne indiscrecion y torpeza la del

de Oliyares; pues si bien en secreto prevenia á los gobernadores que si se les presentaba ocasion favorable le prendiesen y enviasen á España, esto era una alevosía que no curaba los riesgos de la imprudencia. Obcecado andaba tambien Vasconcellos con la seguridad, mas estraña en él que en otros, que mostraba en aquel caso; y con razon se manifestaban atónitos asi la vireina de Portugal como las personas de Madrid y de Lisboa fieles al rey, que observaban tan peregrina conducta. Lo que sucedió fué que el de Braganza, mas discreto ó astuto, fingió dejarse engañar para burlar mejor á quien con tales trazas buscaba como engañarle. De contado puso en la plaza gobernadores de su confianza; las visitó despues acompañado de gente valerosa y resuelta; con el dinero que recibió se hizo nuevos partidarios y amigos; recorrió todo el reino con aparato y magnificencia cuasi real; acudian de todas partes á verle y saludarle, y Lisboa le recibió con poca menos pompa que á un soberano. El rey de España, que sabia el designio secreto que en esto se habia propuesto su ministro, le tenia por el político mas profundo del mundo, y compadecia á los que le criticaban y murmuraban. Entretanto el de Braganza, grandemente ayudado de Pinto Riveyro, hacia á mansalva su negocio, preparando á los nobles, al clero, á los comerciantes, labradores y artesanos, hablando á cada cual en su lenguaje, y ponderándoles los males que les hacia sufrir el gobierno opresor de Castilla y las ventajas que reportarian de recobrar su libertad, no necesitando de hacer grandes esfuerzos para persuadir á unas gentes que estaban harto predisuestas á dejarse convencer y arrastrar.

Creció el descuido de nuestra corte al ver el de Braganza, cuando se le suponía mas satisfecho del mando, retirarse otra vez voluntariamente á su hacienda de Villaviciosa, y enviar al ejército de Cataluña todos los soldados portugueses que le habian pedido. Desvaneciéronse en Madrid los temores de los recelosos, que era cabalmente lo que él se proponía y buscaba. Pero quedaba en Lisboa Pinto

Riveyro trabajando por él con inteligencia y maestría. El 12 de octubre (1640) se juntaron en el jardin de D. Antonio de Almada muchos nobles portugueses, y entre ellos el arzobispo de Lisboa, D. Rodrigo de Acuña. Este prelado, que se hallaba resentido de la vireina porque habia preferido á otro para la silla arzobispal de Braga, que es la primera de aquel reino, pronunció un vigoroso discurso, ponderando las injusticias, las vejaciones y tiranías que estaban sufriendo del gobierno de España. Cada cual despues enumeró las tropelías de que era ó habia sido víctima, escitó el furor de la reunion la medida de hacerlos ir á Cataluña, y quedó resuelto recurrir á las armas para sacudir el insoportable yugo de los castellanos (1).

Divididos estaban sobre la forma de gobierno que deberian darse. Querian algunos erigirse en república federativa al modo de la de Holanda. Preferian otros la monarquía, pero andaban discordes sobre la persona en cuyas manos habian de poner el cetro, proponiendo unos al de Braganza, otros al de Aveyro, y otros al de Villareal. El arzobispo, afecto á la casa de Braganza, les representó que no era posible librarse de la dominacion española, sino restituyendo la corona de Portugal á quien por derecho dinástico le pertenecia, y que por otra parte el duque de Braganza era ya el hombre mas poderoso del reino, digno además por su dulzura, su bondad y su prudencia. Adhirieron todos al fin á la proposicion del prelado, y no se disolvió la junta sin señalar los dias en que deberian reunirse para acordar los medios de asegurar el éxito de la empresa. Apresuróse Pinto Riveyro á informar reservadamente al príncipe de esta resolución, aconsejándole que fuera á Lisboa para dar con su presencia aliento á los conjurados. Mostróse por algun tiempo el de Braganza irresoluto, vacilante y como remiso en aceptar el trono que le ofrecian: él hizo de modo que le rogaran é instaran, y á las diferentes comisiones

(1) Passarello, *Bellum Lusitanum*, ejusque regni separatio, libro I.—Seyner, *Historia del levantamiento de Portugal*, lib. II, capítulo 4.º al 7.

que con este objeto se le presentaron no daba nunca una respuesta categórica; fuese verdadero amor á la vida tranquila y retirada á que se habia acostumbrado, fuese timidez de carácter ó política profunda, dejábase solicitar, y ni concedia, ni negaba, ni desanimaba, ni daba calor al plan de su proclamacion.

Fuese la verdadera causa de esta conducta la que quisiera, sacó al duque y á los conjurados de este embarazo la duquesa su esposa, mujer de tanta travesura como talento. De tan noble ambicion como de habilidad y viveza para los grandes negocios. *¿Qué vale mas? le dijo un dia: ¿morir con una corona ó vivir en un retiro arrastrando toda la vida las cadenas? La muerte te espera en Madrid, acaso tambien en Lisboa; pero en la corte de Castilla morirás como un miserable, mientras en la de Portugal podrás morir cubierto de gloria y como rey. Depon, pues, todo temor, y no vaciles en el partido que debes tomar.* En efecto, ya no vaciló mas el duque; D. Pedro Mendoza llevó la noticia de su resolucion á los conjurados; y ocupáronse ya estos en concertar el tiempo y el modo de dar el golpe, entendiéndose para todo con el príncipe por medio de Pinto. Cosa admirable fué, que entre tantos como sabían ya lo que se tramaba en el tiempo que medió hasta su ejecucion, hombres y mujeres de alta y de baja clase, nadie reveló el secreto, que es el mejor testimonio de que la conspiracion era popular. Algo sospechó Vasconcellos, y algo se barruntaba en la corte de Madrid; por lo cual se ordenó al de Braganza que viniese inmediatamente, porque el rey deseaba que le instruyere personalmente y de palabra de la disposicion y estado de las tropas y de las plazas de Portugal. El príncipe, por consejo de su esposa, contestó que se preparaba á venir, y para persuadirlo mejor envió un gentil-hombre de su confianza, el cual comenzó por alquilar una gran casa, amueblarla con magnificencia, admitir buen número de criados, vestirlos con ricas libreas, y hacer otros gastos y preparativos semejantes. Mas á pesar de todo la corte andaba ya muy recelosa, y otra orden apremiante del rey

mandando presentar al duque hizo necesario apresurar el golpe en Portugal. Todo estaba ya preparado (1).

Á las ocho de la mañana del 1.º de diciembre (1640) salieron los conjurados de los puntos en que se habian reunido, y se encaminaron armados al palacio de Lisboa. Un pistoletazo disparado por Pinto Riveyro fué la señal para atacar la guardia castellana y alemana, al grito de *¡Libertad, libertad! ¡Viva don Juan IV, rey de Portugal!* Un sacerdote iba delante llevando en una mano un Crucifijo, en la otra una espada, animando al pueblo con voz terrible y dándole ejemplos de intrepidez y valor. Así fué acometida la guardia castellana que ocupaba el fuerte, quedando arrollada despues de alguna resistencia. Ninguna opuso la alemana, porque fué enteramente sorprendida. Mientras el venerable don Miguel de Almeida corria por todas partes arengando el pueblo, que le correspondia entusiasmado, Pinto Riveyro, al frente con los de su bando, penetró en palacio en busca de Vasconcellos. Salia de su cuarto el teniente corregidor de Lisboa: *¡Viva el duque de Braganza, nuestro rey!* le gritaron los conjurados.—*¡Viva Felipe IV, rey de España y de Portugal!* contestó el magistrado, y al acabar estas palabras un tiro de pistola le quitó la voz y la vida. A D. Antonio Correa, á quien encontraron despues, primer comisionado de Vasconcellos, le dieron algunas puñaladas y le dejaron por muerto tendido en el suelo: El capitán español, Diego Garcés, que estaba á la puerta del aposento del ministro, echó mano á la espada para detenerlos, pero acometido por todos hubo de arrojarse por la ventana, y salvó la vida, aun quebrantándose una pierna. Entraron los conjurados en la cámara de Vasconcellos, y aquel hombre que un momen-

(1) El historiador de este levantamiento, Fr. Antonio Seyner, religioso agustino, nos informó de como los de la junta acordaron con algunos padres de la Compañía de Jesús que estos indujesen al pueblo á que tan pronto como los caballeros apellidaran libertad, acudieran todos á palacio con sus armas á sostener la revolucion: cuenta la parte que en el levantamiento tomaron los jesuitas de Lisboa, y refiere como la adhesion de todo el Rio Janeiro se debió á las trazas del provincial de la Compañía en el Brasil.—Seyner, Historia del levantamiento de Portugal, lib. II, cap. 3, 4 y 5.

to antes había blasonado de que imitaría el valor y la serenidad de César, fué hallado escondido en una alacena; descubrióle una criada; Tello le tiró un pistoletazo, y los demás le atravesaron con sus espadas. Su cadáver fué arrojado por el balcon á la plaza de Palacio á los gritos de: *El tirano ha muerto. ¡Viva la*

El pueblo, que en tales casos goza y se recrea con los espectáculos sangrientos, entretúvose por espacio de dos dias en hacer objeto de sus brutales diversiones el cuerpo de aquel soberbio ministro que pocos momentos antes traía sujeto y hacia temblar á todo Portugal. No hay afrenta ni escarnio imaginable que no



LA PLAZA REAL DE PARÍS EN TIEMPO DE LUIS XIII.

libertad! ¡Viva D. Juan IV, rey de Portugal! (1).

(1) Seyner, Historia del levantamiento de Portugal, lib. II.—Pasarello, Bellum Lusitanum, lib. I.

Hemos visto una relacion manuscrita de los sucesos de 1.º de diciembre en Lisboa, en la cual se cuentan algunos curiosos pormenores de los que ocurrieron en aquel famoso acontecimiento. Refiérese, entre otras cosas, que el arzobispo de Lisboa se dirigió á palacio en procesion con toda la clerecia, excitando á todos á que gritaran: *¡Viva el rey D. Juan!* y que al pasar por San Antonio se desclavó un brazo al Crucifijo que en la mano llevaba, lo cual se cree fué cosa preparada por el mismo prelado para mover mas al pueblo. esclamando como esclamó: *¡Milagro, milágro! esta es obra de Dios, que quiere que tengamos rey: ¡Viva el rey D. Juan!*—Tomo de MM. SS. de la Real Academia de la Historia, C. 35.—Tambien Pa-

se ejecutara con él en medio de la mas horrible algazara; hasta que Pinto con hipócrita piedad mandó llevarlo á la iglesia para darle sepultura, envuelto en un paño viejo que al efecto compraron los hermanos de la Misericordia. El fin trágico y miserable que tuvo Vasconcellos es una de las muchas lecciones con que á cada paso está enseñando la histo-

riado hace mencion de este hecho. Copiaremos solo las palabras del sumario Antistis Ulisipponensis solemnem instituit processionem, in qua verum aut fictum miraculum vulgus maxime movet.

ria á los hombres que ejercen autoridad y ocupan los altos puestos de un Estado, cuán espuestos están á ser víctimas de la venganza pública, cuando en vez de gobernar con justicia y con moderacion se ensoberbecen y ciegan con el poder, y tiranizan y esclavizan los pueblos.

Otros en tanto habian ido á la cámara de la vireina, la cual se hallaba acompañada de sus

tugal! Quiso todavía aquella señora salir de palacio para hablar al pueblo, pero impidióselo D. Carlos Norohna aconsejándole que no se expusiera á sufrir sus insultos.—*¿Qué puede hacerme á mí el pueblo?* preguntó la duquesa.—*Nada mas, señora,* replicó Norohna, *que arrojar á V. A. por la ventana.*

Hombre impetuoso y vehemente el arzobispo de Braga, que estaba á su lado, al oír tan



ENCUENTRO DEL CABALLERO DE GUIZA Y DEL BARON DE LUZ.

damas y del arzobispo de Braga. Esta señora, mas valerosa que Vasconcellos, cuando vió que forzaban ya su misma puerta se presentó á los conjurados y procuró aplacarlos diciendo, que pues el ministro á quien aborrecian como la causa de sus males habia sido ya sacrificado á la venganza del pueblo, debian quietarse, y ella les prometia el perdon si cesando el tumulto volvian á la obediencia del rey. Respondióle á esto D. Antonio de Meneses, que tantos varones principales no se habian levantado para quitar la vida á una miserable, que debió perderla por mano del verdugo, sino para poner en la cabeza del duque de Braganza la corona que de derecho le pertenecia. Invocó otra vez la vireina la autoridad del monarca español, y replicóle Almeyda que Portugal no reconocia mas rey que el duque de Braganza, gritando todos: *¡Viva D. Juan, rey de Por-*

descomedida respuesta arrancó la espada á uno de los conjurados, y Dios sabe lo que en su acaloramiento hubiera hecho, si Almeyda no le detuviera y apartara, diciéndole que sobre ser aquel un arranque impropio de su dignidad esponia mucho su vida, porque el pueblo le aborrecia de muerte, y habia estado en poco que los conjurados no le hubieran designado por víctima (1). Pero la vireina y el primado fueron retenidos, y los castellanos que habia en Lisboa presos, mientras se sacaba de las cárceles á los reos de Estado, y en los consejos y tribunales se proclamaba al de Braganza por rey de Portugal. Faltaba apoderarse de la ciudadela, de la cual eran todavía dueños los españoles, y sin la cual no podian decir los con-

(1) Y era la verdad que en las juntas que se tuvieron en casa de Pinto habia propuesto alguno que el arzobispo sufriera la misma suerte que Vasconcellos, si bien se desistió por las razones y consideraciones que espuso Almada.

jurados que dominaban la ciudad. A este fin presentaron á la vireina una órden mandando al gobernador que la entregara, y la forzaron á firmarla bajo la amenaza que de no hacerlo degollarían irremisiblemente á todos los españoles residentes en Lisboa. Esperaba todavía la vireina que el gobernador comprendiera que era un escrito arrancado á la violencia, pero se equivocó; porque el gobernador D. Luis del Campo, ó por credulidad ó por falta de valor, cumplió la órden rindiendo la fortaleza á los conjurados (1). Los demás fuertes se fueron rindiendo, por igual engaño unos, otros por cobardía, y alguno, doloroso es decirlo, por cohecho.

Quedó, pues, triunfante la conspiracion en menos de tres horas: este breve plazo bastó para consumar una de las mas grandes revoluciones que pueden hacerse en un pueblo, lo cual no se realiza sino cuando hay justicia en el fondo de la causa, y cuando la opinion pública está muy preparada y madura. Nombróse al arzobispo de Lisboa presidente del Consejo y teniente general hasta que llegara el nuevo rey, y diósele por consejeros á D. Miguel de Almeyda, D. Pedro Mendoza y don Antonio de Almada, principales agentes de la revolucion. Abiertas las puertas de la Cámara del Consejo á petición de la multitud, se desplegó el estandarte real, y se paseó por calles y plazas, proclamando el pueblo entero ébrio de alegría: *¡Libertad, viva nuestro rey don Juan IV!* Aquella misma tarde despachó el arzobispo correos á todas partes con órden para que se proclamara rey de Portugal al duque de Braganza con el nombre de D. Juan IV, y al clero y magistrados para que hiciesen procesiones públicas dando gracias á Dios por haberlos librado de la tiranía de los castellanos (2).

(1) Seyner, lib. I, cap. 11.—De tal manera le acosaron despues el pesar y los remordimientos ó de su flaqueza ó de su error, que el infeliz Campo llegó á perder la razon, y vino á morir desgraciadamente en el hospital de dementes de Toledo.

(2) Al día siguiente se hicieron varias prisiones de ministros de Castilla y de otros empleados que ocupaban altos puestos. Ya antes se habia preso al marqués de la Puebla, á D. Diego de Cárdenas y al conde Brineto.—Seyner, lib. III. Relacion politica das mais particulares accioes do conde-duque de Olivares, traducido por Rodrigo Cabral, Lisboa, 1711.—Historia de la conjuracion de Portugal en el año 1640, Amsterdam, 1689.

Lisboa se dedicó á preparar el recibimiento solemne á su nuevo monarca. Intimóse á la vireina que desocupara el palacio. Al trasladarse aquella señora al alojamiento que le destinaron, que era un convento á extramuros de la ciudad, rodeada de sus damas, y acompañada del arzobispo de Braga, que no quiso desampararla nunca, atravesó la ciudad con tan majestuoso continente, que á pesar de agolparse en toda la carrera una inmensa muchedumbre, todo el mundo la miraba con respeto, y nadie se atrevió á dirigirle un solo insulto (1). A buscar al nuevo soberano en su retiro de Villaviciosa marcharon Mendoza y Melo, y el arzobispo no cesaba además de despacharle correos para que apresurase su ida. Caminaba ya el duque lentamente hácia la corte, pero en el llano de Montemar tomó una posta y se dirigió á la Aldea Gallega. Desde allí en una humilde barca de pescadores atravesó el Tajo, llegó de incógnito á la plaza del Palacio real de Lisboa, y pasando por entre una multitud de gentes sin que nadie le conociera, se entró en la casa de la Compañía de Indias, magnífico depósito y almacén de riquezas en otro tiempo, entonces desamparada y pobre. Hizo esto el de Braganza por cierta desconfianza de lo que suelen ser las cosas humanas, para informarse por sí mismo de la verdadera disposicion del pueblo.

Mas no podia estar por mucho tiempo oculta su llegada. El pueblo al saberlo abandonó sus labores y se entregó de lleno al regocijo. Agolpóse á la casa de la Compañía, y pidió que saliera al balcon. Aclamaciones de júbilo resonaron por todas partes al verle. Desde luego comenzó el nuevo soberano á dar pruebas de su discrecion y talento. Como el magistrado propusiera dar diversiones al pueblo: *Nosotros, respondió, celebraremos fiestas despues de haber hecho los preparativos para defendernos contra nuestros enemigos.* Con la misma discrecion y cordura se condujo en la provision de los primeros empleos, y en el resta-

(1) Despues de estar algun tiempo como prisionera en Lisboa fué traída á Castilla acompañándola los gobernadores y la nobleza de las ciudades hasta la frontera con mucho acatamiento. Por eso solia decir aquella señora, que los portugueses aun en sus enojos sabian ser atentos y galantes con las damas.

blecimiento del orden público, cosas ambas difíciles despues de un gran sacudimiento, y en que no preside siempre el acierto y el tino, por lo mismo que se dispiertan muchas ambiciones, y las pasiones están vivas y agitadas. Señalóse dia para su entrada pública y para su coronacion, y uno y otro se hizo con la solemnidad que correspondia. Puesto el rey de rodillas ante un altar que se erigió en la plaza de Palacio, y con la mano puesta sobre los Evangelios, juró regir y gobernar el reino con justicia y mantener los usos, privilegios y fueros concedidos por sus mayores, y á su vez los tres estados, clero, nobleza y pueblo, le juraron á nombre de la nacion obediencia y fidelidad, recibéndolo por su legítimo rey. Así quedó consumada una de las mayores revoluciones que puede hacer un pueblo. Portugal se segregó otra vez de España; volvió á constituirse en reino independiente y libre, y se rompió de nuevo la unidad ibérica, la obra que habia costado tantos siglos de esfuerzos á nuestros mayores, y todo por la desacertada política de los príncipes de la casa de Austria, y por las injusticias y las imprudencias de sus ministros y gobernadores.

Grande admiracion y sensacion profunda causó la noticia de estos sucesos en la corte de España, que se hallaba, como de costumbre, entretenida con unas fiestas de toros, celebradas estas para agasajar á un embajador de Dinamarca, y en cuyo espectáculo habian hecho de actores los principales de la nobleza. No comprendia nadie como un suceso de tanta monta y que necesitaba de larga preparacion y no podia realizarse sin ser sabido por muchos, habia cogido tan desprevenidos á la vi-reina y á los ministros: ni tampoco comprendia cómo los gobernadores de las plazas las habian entregado con tanta facilidad, que parecia haber estado de inteligencia con los rebeldes. Los cargos se dirigian de público principalmente contra el ministro favorito, á quien se acusaba de tan imbécil é inepto como soberbio y tirano. Olivares sintió al propio tiempo abatimiento y desesperacion. Todo el mundo sabia ya la novedad menos el rey. Temoroso

el conde-duque de que alguno se la comunicara de modo que escitase su indignacion contra él, determinó darle él mismo la mala nueva en una forma bien singular. Es fama que hallándose un dia entretenido con el juego el indolente monarca, se llegó á él el de Olivares con alegre rostro, y dijo: *Señor, traigo una buena noticia que dar á V. M. En un momento ha ganado V. M. un ducado con muchas y buenas tierras.*—¿Cómo es eso? le preguntó el buen Felipe.—*Porque el duque de Braganza ha perdido el juicio: acaba de hacerse proclamar rey de Portugal, y esta locurada á V. M. de sus haciendas doce millones.* Aunque no era grande la penetracion del rey, algo comprendió de lo que habia, y solamente dijo: *Pues es menester poner remedio.* El semblante del rey se nubló, y el de Olivares sospechó si se nublaría tambien la estrella de su privanza (1).

Para evitarlo procuraba distraer al monarca con nuevas diversiones, pero el pueblo con su buen instinto le servia de avisador. Un dia, al salir el rey á una cacería de lobos, le gritó el pueblo en las calles: *Señor, señor, cazad franceses, que son los lobos que tenemos.* Re-celaba tambien el ministro de los grandes y de la misma reina: á esta le puso al lado su mujer, haciéndola su compañera asídua, para que apenas pudiese hablar con el rey sino en su presencia: y con aquellos cometía todo género de desafueros por cualquiera murmuracion que supiese, al mismo tiempo que prevenia á los sacerdotes que, en los sermones, procuraran tranquilizar el pueblo: todo efecto de los remordimientos y de los temores que sentia; pero ninguna medida salvadora respecto á Portugal, de esas que en los momentos supremos de una nacion pueden reponerla de su aturdimiento, y remediar ó atenuar los efectos de una gran catástrofe. Pensó en conservar su privanza, y respecto á lo demás contentóse al pronto con informar al marqués de los Velez de lo acontecido, encargándole ocultar la noticia á su ejército, y que no cundiera

(1) Faria y Sousa, Epítome de Historias portuguesas. Reinado de Felipe IV de Castilla.

en Cataluña, ya para que no se envalentonaran los catalanes, ya para evitar la desercion de los portugueses.

Tal era la situacion de España al terminar

un reino y nos veíamos amenazados de perder una importante provincia de la monarquía.»



UN ELEGANTE DEL TIEMPO DE LUIS XIII.

del año 1640 : año de fatal recordacion para todo el que abrigue sentimientos de españolismo y de dignidad nacional. En él, por la inconveniencia política de nuestros reyes y por las insignes imprudencias de un ministro favorito, orgulloso y desatentado, perdimos

Si nos hemos permitido dar cabida en nuestra historia á las estensas consideraciones que se desprenden de lo espuesto por D. Modesto Lafuente, ha sido porque siempre que se trata de España los franceses se complacen en disfrazar la verdad, ocultando aquellos hechos

que no les hacen favor, paliando aquellos que sin ser graves no pueden menos de confesar, ó faltando descaradamente á la verdad. Busquen la Historia de Francia que se quiera y en todas se verá que dicen que el obispo de Burdeos destruyó la flota española delante de Fuenterrabia, cuando la verdad es que allí los franceses sufrieron una vergonzosa derrota. Asertos como estos podríamos desmentir á docenas si nos propusiéramos hacer la crítica de los historiadores franceses. Mas dejemos eso y prosigamos nuestra narracion procurando retratar la verdad de los acontecimientos.

Richelieu, pues, proporcionó recursos al nuevo rey de Portugal Juan IV, de la casa de Braganza, y decidió á los catalanes que reconocieran á Luis XIII como conde de Barcelona y del Rosellon (1641). Mandó á Cataluña un ejército francés á las órdenes de la Motte-Haudancourt, el que despues de varios reveses tuvo que retirarse, no sin haber puesto en cuidado por algun tiempo al gobierno español. Al propio tiempo Luis XIII marchó al frente de otro ejército á Perpiñan, de cuya ciudad se apoderó, así como del Rosellon, que desde aquella fecha quedó incorporado á los dominios de la corona de Francia.

Teniendo España que poner toda su atencion en las guerras civiles que la devoraban, y no pudiendo por ende ocuparse en los negocios esteriore, el Austria se encontraba en dificilísima situacion, de la que no podia salir en bien, ante los numerosos eneignigos que se habian echado sobre ella. Sin embargo, en Nordlingen habian alcanzado los austriacos una gloriosa victoria, y luego hicieron retroceder á los suecos hasta Pomerania. Ausiliado por las tropas francesas, Banner, á quien algunos apellidaban el segundo Gustavo Adolfo, habia tomado en 1636 la ofensiva y atacado á los imperiales en Wittstok, permaneciendo mucho tiempo sin conseguir ventajas, hasta que en 1639 volvió á vencer á sus contrarios en Chemnitz, por lo que pudo penetrar en Bohemia. Allí, secundado por el conde de Guebriant, uno de los tácticos mas hábiles de la época, emprendió otras operaciones, pasó á

pié por las heladas aguas del Danubio, y llevaba el intento de apoderarse de la dieta del Imperio y del emperador Fernando III. Pero este y aquella pudieron salvarse merced á las medidas tomadas con oportunidad y especialmente por un repentino deshielo que tuvieron las aguas de aquel rio, con lo cual quedaba cortada la retirada del ejército invasor. Pocos meses despues moria Banner de muerte natural, librando así al Imperio de un enemigo audaz y afortunado que tan en peligro habia puesto la corona de Austria.

En tanto que el paralítico Torstenson, sucesor de Banner, proseguia la guerra con una rapidez de operaciones y felices encuentros que asombraban (1642), el conde de Guebriant adelantaba audazmente hácia el oeste del Imperio, y los suecos redoblaban sus esfuerzos atacando por el norte, como si pretendieran aquellos tres poderosos ejércitos derribar de comun acuerdo al coloso que todavía contaba con fuerzas para batirse despues de los descabros que tantos contrarios le habian hecho sufrir. Guebriant era el que mas señalados triunfos alcanzaba contra la casa de Austria, á cuyos enemigos y mal contentos escitaba á tomar las armas contra la misma. Pero esos triunfos momentáneos que podrian alegrar á Richelieu, fueron luego pagados con desastrosas derrotas que los franceses sufrieron en Alemania.

13.—Mas no precipitemos los hechos. Richelieu murió en medio de los triunfos que sus planes empezaban á dar. Á los cincuenta y siete años de edad, el dia 1.º de diciembre de 1642 fué atacado por un acceso de calentura cuya gravedad comprendió bien pronto. Al dia siguiente de verse postrado por la fiebre lenta que le dominaba, quiso saber la verdad de su estado, y algunos querian infundirle las esperanzas que suelen darse á los enfermos. «Hablad con franqueza, dijo á uno de sus médicos.—Monseñor, le contestó, dentro veinte y cuatro horas habreis muerto ó curado.—Esto se llama hablar,» dijo, y mandó á buscar al cura de San Eustaquio, que le viaticó.

«El ministro, dice Saint Prosper, sonreía al ver próxima la muerte de su amo, y tenía ya proyectadas todas las medidas. Luis XIII estaba ya en camino para la capital, y decide que irá á unirse á su ministro. Entonces Richelieu despliega un fausto de autoridad que corona el resto de su vida; sus guardias, espuestas al ardor del sol y á la inclemencia de la lluvia, llevan sobre sus hombros al amo de la Francia, encerrado en un cuarto en que caben una cama y una mesa. Si las puertas de las ciudades son demasiado estrechas se derriban para que pueda pasar, arrodillándose las poblaciones y sus jefes. ¿No es el cardenal mas que el rey toda vez que le manda? En tal estado llega Richelieu á Paris, y se hace transportar al palacio que acaba de construir (1). Y cual si la Providencia hubiese querido permitir á este hombre que acabase de dar la última mano á sus vastos proyectos, vivió aun muchos meses minado por una fiebre lenta, sin que su espíritu se resintiese un solo instante, y dispuso del porvenir de la Francia, como de un patrimonio que pertenecía á su genio. Luis XIII, atacado tambien de una enfermedad mortal, ratificó todas las órdenes de Richelieu, el cual viéndose declinar sensiblemente, llamó los ausilios de la religion, y los recibió con arrogancia. Habiendo hecho lo correspondiente al estado, pudo tratar de su familia. Llega la hora de la agonía, el rey de Francia al ver tan triste escena dejó asomar una emocion de alegría, pues esperaba mandar antes de acabar su vida. En el momento en que Richelieu dió el último suspiro, dijo: *ahí teneis á un gran político de la muerte*. La posteridad ha ratificado este fallo, justo elogio del cardenal. En efecto, si la moral le condena, porque juzga de un modo absoluto, la razon de Estado le absuelve. Quitad á este hombre, de una naturaleza tan extraordinaria, los rigores crueles que desplegó contra sus enemigos, y la Francia no habria jamás subido al punto de grandeza á que llegara. Sin duda se manifestó desapiadado, pero le atacaban enemigos feroces y sanguinarios.»

(1) En el día el Palacio Real.

Richelieu dejaba la Francia en guerra, ya que no victoriosa, ventajosa en varios países. Mas como dice el historiador citado últimamente la guerra de Francia, aunque en una multitud de puntos diferentes á la vez, no producía resultado alguno importante. Luis XIII mantuvo seis ejércitos á un tiempo, y sus soldados se batieron simultáneamente en Alemania, Italia y Francia; pero todas aquellas operaciones militares carecian de concentracion y grandeza y no constituian lo que se llaman batallas bien combinadas y dignas de una potencia de primero ó segundo orden, sino encuentros casuales, mas dignos de una guerra civil en que luchan partidos poco poderosos, que de una guerra con el extranjero. En esa multitud de lances y peripecias de la lucha, Francia consigue algunas ventajas, pero en cambio «sufre reveses que caen sobre los hombres poderosos que Richelieu mira como enemigos de su fortuna ó de sus planes políticos, y emplea para perderlos hasta los medios mas criminales.»

Consiguió el cardenal añadir cuatro provincias á la corona de Francia, Lorena, Alsacia, Artois y el Rosellon, dejando á su soberano, aunque en los mayores apuros tocante á la hacienda, en condiciones muy superiores á España en cuanto á la guerra. Por otra parte habia suscitado á las naciones enemigas los mas graves obstáculos, como las guerras de Cataluña y Portugal á España, y los suecos y franceses á las puertas de Viena al Imperio. Como hemos visto, habia cumplido la promesa que hiciera á Luis XIII al entrar en el ministerio: en cuanto al exterior habia realzado el nombre del rey hasta el punto en que debia estar con respecto á los soberanos extranjeros, y en cuanto al interior lo habia doblado todo bajo el peso de su autoridad. Pero tocante á lo último habia evitado un mal para caer en otro peor, ó hablando en términos precisos, habia dominado la insolencia de la aristocracia para hacer caer la nacion francesa en manos de la arbitrariedad y despotismo reales. El absolutismo afirmado por Richelieu se consideraba superior á toda ley, y en consecuencia algu-

nas veces se ponía por encima de toda justicia disponiendo así á su antojo de las vidas, hacienda y libertad de los ciudadanos. Conseguido esto, se vieron entonces no solamente confiscaciones y encierros arbitrarios, sino tambien sentencias de muerte por el mero hecho de acusar á alguno al Parlamento con la órden tácita ó espresa de pronunciar semejantes fallos.

No quiere eso decir que Richelieu aborreciera á la nobleza, sino que llevado de su espíritu de dominacion queria someter á todos los órdenes de la sociedad, y aun á su mismo amo y rey, como en efecto lo dominó no obstante el odio que Luis XIII á causa de ello le profesaba. El ya queria que hubiera la distincion de clases, que cada cual ocupase el puesto que le correspondia, y que si bien el nacimiento podia suplir muchas faltas, no pudiese nadie invadir las clases de la sociedad á que no pertenecia. Creia necesario todo eso y tenia horror á la confusion de las clases que se iba notando en Francia, á causa sin duda de los medios mismos que él habia empleado para humillar á los nobles. Pocos años despues de la institucion de los intendentes que, como recordará el lector, los habia hecho nombrar de los miembros aptos de la clase media, se lamentaba de la importancia que esta habia tomado en el Estado por los empleos que desempeñaba. «Son presuntuosos, decia hablando de tales empleados, hasta el punto de querer ocupar el primer puesto, siendo así que ni siquiera pueden ocupar el tercero; lo cual es tan contrario á la razon y al bien de vuestro servicio, que es absolutamente necesario detener el curso de tales empresas, ó de otro modo la Francia no seria lo que ha sido ni lo que ha de ser, sino solamente un cuerpo monstruoso que, como tal, no podria tener duracion ni subsistencia.»

Como quiera que los autores franceses atribuyen á Richelieu un amor grande al desenvolvimiento de la inteligencia, presentándole como uno de los protectores mas decididos de las letras y ciencias, diremos ante todo que en un hombre como él no podian existir seme-

jantes afectos, porque como hemos visto, lo sacrificaba todo en aras de sus principios gubernativos, y estos tenian por norma no reparar en los medios para llegar á su fin. Así es que poseido de la idea de que no convenia que el pueblo y la burguesía se elevasen sobre el nivel de su condicion, publicó en el reglamento general de 1625 leyes con las que se prescribia *la supresion de todos los colegios de Francia, exceptuando doce ciudades*, en las cuales habria uno de Jesuitas y otro de seglares, y en París, donde se contarían tan solo tres de seglares y otro de Jesuitas «á fin de detener la *mania* que tienen los pobres de hacer estudiar á sus hijos, lo cual les aleja del tráfico y de la guerra.» Cuán cierto es que la ignorancia es una de las palancas mas fuertes de que se sirve el despotismo para levantar los obstáculos que á su voluntad pudieran oponerse. Con el mismo objeto el ministro de Luis XIII dejó subsistir la venalidad de los empleos que instituyera en lo concerniente á los cargos públicos, á la competencia del talento y aptitud. Así tambien los burgueses habian de circunscribirse al tráfico para vivir y medrar, á la vez que del pueblo no queria sacar mas que manos para trabajar y para la guerra, ó sea máquinas ciegas para las faenas y máquinas para el arte de matar.

En cuanto á la administracion de la hacienda, hemos visto el desórden y confusion en que Richelieu puso el ramo; mas eso no ha de sorprendernos considerando solamente las ideas que en él imperaban de que la hacienda habia de ser un medio de procurar recursos al Estado, y como medio tambien de tener al pueblo sumiso y obediente. «Todos los politicos convienen, dice, en que si los pueblos viviesen con mucha comodidad, seria imposible contenerlos en las reglas de su deber... Si estuvieran libres de tributos, pensarian estarlo igualmente de la obediencia.» Y luego los compara á los mulos «que se echan á perder mas con un largo reposo que trabajando...» La única disculpa que en todo pueda darse á Richelieu, es que, siguiendo el espíritu raquíptico y mezquino de su época, obró con cierta

grandeza de ánimo y elevacion de miras, por mas que no tuvo el suficiente criterio para comprender las injusticias que su siglo pregonaba.

duda mas grata para el pensador. Á pesar de lo que poco antes hemos dicho, no se ha de comprender que Richelieu fuera enemigo de las artes y ciencias; porque se incurriria en



LOS MOSQUETEROS TOMANDO LA COMUNION ANTES DEL COMBATE (30 DE OCTUBRE DE 1627).

14.—Mas pongamos aquí término á ese género de consideraciones que fácilmente podrán hacer nuestros lectores examinando detenidamente la carrera política de aquel gran hombre de Estado. Entremos en otra materia sin

un craso error, ya que no es fácil encontrar un hombre de elevada inteligencia que carezca de gusto por aquellas. Si no quiso difundirlas en todas las clases de la sociedad, fué porque creia, y con razon, que el desarrollo de

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Salen cuatro entregas semanales á medio real una. A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas salidas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

GALERIA CATOLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina por los reverendos P. M. Fr. José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced; D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona; y D. José Ildelfonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona). Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetezcan poseerla.—La obra constará de cuatro tomos divididos en cuarenta y nueve entregas á 5 rs. una, y que á instancia de varios suscritores se reparten dos mensuales, logrando de este modo abreviar su duracion.—Los señores que gusten suscribirse y enterarse de la importancia de esta obra, podrán convenirse de ella con las doce entregas que llevamos ya reimpresas; las que están de muestra en esta casa editorial y en la de todos sus correspondientes.

PIO IX.

Historia documentada de su vida y de los veinte y cinco primeros años de su glorioso pontificado, con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales de la época, relacionados con el catolicismo, y un exámen detenido de las tres situaciones del mundo, correspondientes al nacimiento de este gran Pontífice, á su elevacion á la Sede romana y á la invasion de la capital de la cristiandad. Obra escrita por los reverendos D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la concepcion y Asuncion de Nuestra Señora en Barcelona, y D. Emilio Moreno Cebada, doctor en sagrada Teología: ambos examinadores sinodales de varias diócesis, y autores de algunas obras religiosas y científicas.—Espléndida edicion ilustrada con preciosas láminas grabadas sobre boj representando los asuntos tratados en la obra.

Dos abultados tomos en 4.º mayor, con 26 magníficas láminas, á 100 rs. en rústica y 120 en pasta.—Tambien se servirá por entregas, dejando á voluntad de los suscritores el tomar semanalmente las que gusten de las 96 de que consta la obra, y cuyo precio es de un real la entrega en toda España.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros días. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso por D. Rafael del Castillo.

Se reparte por ahora una entrega mensual á 5 rs. una; facultando asimismo á los señores que gusten suscribirse para adquirir á su comodidad las entregas publicadas.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj, representando los principales asuntos de la obra. Su precio es el de 67 rs. en rústica y 78 en pasta.—Tambien se facilita si adquiriéndola por suscripcion tomandó, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real cada una en toda España.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de La Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Sale cada sábado un número de 12 páginas en fólido de esmerada impresion y excelente papel, cual exige la importancia de esta publicacion, adornado con preciosas láminas, intercaladas en el texto.—Los números que contengan *Mapas* solo constarán de 8 páginas.—En cada número se dan á mas 8 páginas gratis de *Cartas de los Misioneros de ambos mundos*, en continuación de las que se publicaban en la *Revista católica*, y de forma que puedan encuadernarse por separado, encontrándose los señores suscritores con dos tomos al año, á cual mas interesante. El precio de la suscripcion es el de 14 rs. trimestre; 26 semestre; y 48 por un año en toda la Peninsula. En Cuba y Puerto Rico á 17, 32 y 60 relativamente; y á 20, 33 y 72 en Filipinas y Extranjero.—Números sueltos á real y medio.—Los trimestres empiezan en enero, abril, julio y octubre.